

330  
EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

---

EL

SECRETO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO,

11

---

13  
MADRID.

HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.

OFICINAS: POZAS—2—2.º

—  
1882.

# AUMENTO Á LA ADICION DE FEBRERO DE 1882.

## COMEDIAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Agua vá.....	1	D. Rafael Blasco.....	Todo.
Dé picos pardos.....	1	J. M. Casademunt...	»
Desgracia y virtud.....	1	José F. Camacho....	»
El compromiso de Caspe.....	1	Márcos Zapata.....	»
El ojeo.....	1	Manuel Valcárcel...	»
El ruseñor.....	1	Sres. R. Bolumar y Ma- nuel Melend. Paris	»
Fiera domada.....	1	Contreras y Giner...	»
Filosofía alemana.....	1	D. José Jackson Veyan.	»
La alondra y el gorrión.....	1	E. S. Rocaberti....	»
La mágia electoral.....	1	N. N.....	»
La peor venganza.....	1	E. Navarro Gonzalvo.	»
La puerta del Saladero.....	1	Juan Utrilla.....	»
La voz del pueblo.....	1	Fuentes y Solsona...	»
Salirse con la suya.....	1	L. Larra y Ossorio...	»
Una charada.....	1	Fernando Guerra....	»
Un drama en la venta.....	1	Juan Utrilla.....	»
El arte de pedir.....	2	Sres. Ossorio y Guillen..	»
Los padres nuestros.....	2	Lustonó y Bedmar...	»
Mundo, demonio, y... demas.....	2	G. Perrin y Vico. ..	»
El capitan Buridau.....	3	Fernando Guerra....	»
El juez de su causa.....	3	D. Manuel Rovira. ....	»
Herir con honra.....	3	Manuel Rovira.....	»
Juana la Rabicortona.....	3	Fernando Guerra....	»
La corona de abrojos.....	3	Márcos Zapata.....	»
La lengua.....	3	Enrique Gaspar.....	»
Los dos curiosos impertinentes.....	3	José Echegaray.....	»
Los hermanos de la Costa.....	3	Fernando Guerra....	»

**EL SECRETO.**

## OBRAS DRAMATICAS DE EUSEBIO BLASCO.

---

LA ANTIGUA ESPAÑOLA.	PASCUALA.
LA MUJER DE ULISES. (4.ª ed.)	LA PROCESION POR DENTRO.
LA TERTULIA DE CONFIANZA.	PARIENTES Y TRASTOS VIEJOS.
EL JÓVEN TELÉMACO. (4.ª ed.)	LEVANTAR MUERTOS (1).
UN JÓVEN AUDAZ. (4.ª ed.)	EL ANZUELO.
EL AMOR CONSTIPADO. (2.ª ed.)	JUGAR AL ESCONDITE.
EL VECINO DE ENFREENTE. (3.ª ed.)	HABLEMOS CLARO.
LA SUEGRA DEL DIABLO.	LOS NIÑOS Y LOS LOCOS...
PABLO Y VIRGINIA.	LA ROSA AMARILLA.
LOS NOVIOS DE TERUEL.	DE PRISA Y CORRIENDO (2).
LOS CABALLEROS DE LA TORTUGA.	JUAN GARCÍA.
EL ORO Y EL MORO.	POBRE PORFIADO.
LOS PROGRESOS DEL AMOR.	LAS NIÑAS DEL ENTRESUELO.
LA SEÑORA DEL CUARTO BAJO.	EL BASTON Y EL SOMBRERO.
EL PAÑUELO BLANCO. (3.ª ed.)	SOLEDAD.
NO LA HAGAS Y NO LA TEMAS. (2.ª edicion.)	NI TANTO NI TAN POCO.
LA MOSCA BLANCA.	BUENA, BONITA Y BARATA.
LOS DULCES DE LA BODA.	EL PRIMER GALAN.
LA CÔRTE DEL REY REUMA.	MOROS EN LA COSTA.
LA NIÑEZ ENGAÑOSA.	TODO POR EL ARTE.
LA HUMANIDAD DOLIENTE.	¡SI YO TUVIERA DINERO!
EL MIEDO GUARDA LA VIÑA.	DÍA COMPLETO.
LA RUBIA.	¡ÚLTIMO ADIOS!
EL BAILE DE LA CONDESA.	LA POSADA DE LUCAS.
	EL SECRETO.

## LIBROS.

OBRAS FESTIVAS EN PROSA. — CUENTOS ALEGRES. — MADRID POR DENTRO Y POR FUERA (3). — UNA SEÑORA COMPROMETIDA. (2.ª edicion.) — ÉSTO, LO OTRO Y LO DE MÁS ALLÁ. — SOLEDADES. (Poesías.) — FLAQUEZAS HUMANAS, cuentos y relaciones. — NOCHES EN VELA, poesías.

---

(1) En colaboracion con D. Miguel Ramos Carrion. — (2) Idem.  
(3) Obra en colaboracion con los principales escritores

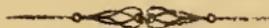
# EL SECRETO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**EUSEBIO BLASCO.**

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA el 16 de Noviembre de 1882.



MADRID.—1882.

IMPRENTA DE COSME RODRIGUEZ,

SOBRINO DE DON JOSÉ RODRIGUEZ.

*Calvario, n.º 18.*

PERSONAJES.

ACTORES.

ROSALÍA.....	SRTA. D. <sup>a</sup> DOLORES FERNANDEZ.
DOÑA PATROCINIO.....	SRA. D. <sup>a</sup> JOSEFA GUERRA.
ISIDORO.....	SRES. D. EMILIO MARIO.
EL GENERAL.....	MARIANO BALLESTEROS.
BRUNO.....	JULIAN ROMEA.
ANDRÉS.....	ELIAS AGUIRRE.
EL AYUDANTE.....	ENRIQUE MARTINEZ.
UNA DONCELLA.....	SRTA. MATILDE GARCIA.

---

La accion contemporánea.

---

Derecha é izquierda del actor.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de los Sres. HIJOS de A. GULLON, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## ACTO PRIMERO.

---

Un salon elegante.

### ESCENA PRIMERA.

EL GENERAL, BRUNO y el AYUDANTE, jugando al tresillo. ROSALÍA y PATROCINIO hablan sentadas en un sofá. ISIDORO, en otro sofá, lee un periódico.

- AYUD. Rey de bastos.  
BRUNO. El caballo.  
GEN. El seis.  
AYUD. Una baza más.  
BRUNO. Usted juega.  
AYUD. Voy. El ás.  
GEN. ¿Primera de copas? Fallo.  
BRUNO. Yendo el juego de ese modo cualquiera lo ganaría.  
GEN. ¿Quién á la contra?  
AYUD. Va mia.  
BRUNO. ¡Claro, está usted fallo á todo!  
¡Más copas! (Gritando, y al Ayudante.)  
¡Muy mal jugado!  
GEN. ¿Por qué?  
BRUNO. ¡Ya lo hemos perdido!  
AYUD. (Id.) ¡Pues no ves que yo he salido!  
BRUNO. ¿Pues no ves que lo han fallado?

- AYUD. ¿Qué carta iba á jugar?  
BRUNO. (Cogiéndole las cartas.) Esta.  
(Pegando con los puños sobre la mesa.)  
AYUD. ¡Hombre!  
BRUNO. ¡Vaya una jugada!  
AYUD. ¡Entónces era casada!  
BRUNO. No señor, sería puesta!  
AYUD. ¡Qué cosas!  
GEN. ¡Qué jugadores!  
BRUNO. Lo que es este no es un lince.  
GEN. Vaya, señores, á quince.  
ISID. No incomodarse, señores!  
BRUNO. Á otra.  
AYUD. Me das unos sustos..  
BRUNO. Ven y juega, Isidorillo.  
ISID. No, yo no juego al tresillo  
para evitarme disgustos.  
ROSAL. Está en cerca de mil reales (A Patrocinio.)  
y es de novedad, y abriga.  
(Enseñándola un chal.)  
PAT. Yo, qué quieres que te diga,  
no estoy ya por estos chales,  
que por lo mismo que son  
de moda siempre, me embisten;  
adornan, pero no visten,  
y ya, de hacer la intencion,  
gasto más, y voy forrada  
de pieles.  
ROSAL. Ah, ya lo creo!  
PAT. Eso es lo que yo deseo:  
como las pieles no hay nada.  
ROSAL. Si yo pudiera gastar...  
he visto unos muy bonitos;  
pero hija, los pobrecitos  
nos tenemos que aguantar.  
Eso tú que tienes renta  
y eres rica, y eres sola...  
GEN. ¡Ojo, que este vá á dar bola!..  
PAT. ¡Sí, como estoy tan contenta!  
ROSAL. ¿Sigue el temporal?  
PAT. Es cosa  
de romperle la cabeza,

- no he visto naturaleza  
más rara y más quisquillosa.  
ROSAL. ¡Que te vá á bir!
- PAT. Mi marido  
es una calamidad!
- ROSAL. El mio es todo bondad;  
y yo no sé cómo ha sido  
que de algun tiempo á esta parte  
su carácter es mejor,  
mucho más conciliador...
- PAT. Acaso quiera engañarte.
- BRUNO. Á cuarenta!
- GEN. Bien, querido!  
atracarse!
- BRUNO. ¡Así lo espero!
- PAT. ¿De qué me sirve el dinero  
con semejante marido?  
¿De qué me sirven mis coches,  
mi renta, mi posicion,  
si mi sola distraccion  
es teneros por las noches  
á cuatro amigos queridos  
que os ocupais de nosotros?...  
¡pues á no ser por vosotros  
estábamos divertidos!
- ROSAL. Vuestros caracteres son  
tan distintos...
- PAT. Y qué quieres?  
No está en nuestros caracteres  
sino en nuestra condicion.  
Que aunque una no lo quisiera  
se daría una al demonio.  
¡Treinta años de matrimonio  
ponen nervioso á cualquiera!
- ROSAL. ¡Por Dios!
- GEN. Arrastro!
- ISID. (Leyendo.) Mañana  
es dos... oye, oye mujer:  
«Ha llegado á Santander  
el correo de la Habana!»
- ROSAL. ¡Ayl de veras? Qué alegría.  
¿Viene su nombre?

- ISID. Aquí está  
en la lista.
- ROSAL. Vuelve ya?  
¡Ay qué fortuna la mía!
- BRUNO. ¿Quién llega?
- ROSAL. Mi hermano Andrés,  
que á Cuba há once años partió!
- GEN. Pedí su traslado yo.
- ROSAL. Es verdad.
- PAT. ¿Y ahora qué es?
- ROSAL. Coronel.
- BRUNO. ¡Buena carrera!
- ISID. Yo no le conozco.
- PAT. ¿Ah, no?
- ROSAL. No, que cuando Andrés partió  
aun estaba yo soltera.
- ISID. Pero le aguardo impaciente  
y ha de vivir á mi lado.
- BRUNO. Sí?
- GEN. Tiene usted un cuñado  
muy buen mozo y muy valiente,  
y es digno de que le den  
la faja.
- ROSAL. ¡Ay, quién lo lograra!
- PAT. Jesús, que cosa tan rara,  
mi marido hablando bien!
- GEN. Pues mi gramática dí,  
¿es tan mala?
- PAT. De la gente  
digo.
- GEN. ¡Yal Naturalmente,  
como que no hablo de tí.
- BRUNO. ¡Por Dios, hombre!
- ROSAL. Siempre huraños.
- PAT. Déjelo usted, es su capricho.  
Lo mismo lo hubiera dicho  
delante de los extraños.
- GEN. Como tú ante los testigos  
me ofendes cada vez más...
- PAT. Como que tú siempre estás  
desollando á los amigos.
- GEN. Señores, ustedes son

mis amigos, soy leal!...

AYUD. Pero por Dios, General!...

ISID. ¡Pero hombre!

PAT. Lo ves? Cuestion!

GEN. Son ganas de molestarte.

¡Ya no juego!

PAT. Tú estás viendo!

BRUNO. Como que estaba perdiendo.

GEN. Acabaré por marcharme.

ISID. Señores, qué tontería,  
si es broma... á qué armar un lío?

PAT. Si es este marido mio!

GEN. Si es esta señora mia!  
Razon tuve en dar tormento  
á aquel soldado bribon  
que le pegó un bofeton  
á un cabo del regimiento.  
La ordenanza me mandaba  
matarle, él se arrepentía,  
el jefe por él pedia,  
la tropa el caso ignoraba;  
y entre usar todo el rigor  
que requería su suerte  
ó conmutarle la muerte  
por una pena. . mayor,  
dige: el castigo ha de ser  
que venga á ser mi asistente  
y que viva eternamente  
al lado de mi mujer!

TODOS. General!

BRUNO. ¡Que atrocidad!

ISID. Y vino á servir aquí?

GEN. Si señor.

PAT. Si señor, si;  
pero hubo una novedad:  
que á la semana completa  
de estar sirviendo á mi esposo  
le dió un derrame seroso  
que se lo llevó Pateta.

GEN. ¿Ustedes ven?

PAT. ¡Lo aplasté! (Ap. á Rosalía )

ROSAL. Vaya, vaya, que esto acabe.

¿Qué guardarán para un grave disgusto?

GEN. Perdone ustedé.

BRUNO. La vida del que se casa es un continuo disgusto.

ROSAL. No señor, no es usted justo.

AYUD. Oh sí! de justo se pasal

ISID. ¡Pehst! Bruno es un solteron empecatado.

BRUNO. Lo admito.

Pienso morir solterito con toda satisfaccion: y si quieren comprobar... ¿juzgan mi lenguaje rudo? pregúntenle á ese viudo si se volverá á casar.

AYUD. No repetiré, pardiez: tuve un modelo de esposas, pero hay en el mundo cosas que se hacen sólo una vez. Porque... lo que yo decía en plena felicidad: aun contra su voluntad este estado es tiranía.

PAT. ¡Ay! Sí á fé.

GEN. Mujer, aprende.

BRUNO. Mi doctrina es verdadera, se sufre un yugo cualquiera, no siendo eterno, se entiende.

ISID. Pues señores... qué deimonio! yo celebro estar casado porque el verdadero estado del hombre es el matrimonio.

BRUNO. Justo, estado deplorable.

GEN. Verdad, de putrefaccion.

PAT. Qué bárbaro!

AYUD. De opresion.

BRUNO. Aborrecible.

GEN. Espantable.

ISID. ¡Y á mí que me gusta tanto!

GEN. ¡Es que á usted le gusta todo!

ISID. Será que yo me acomodo.

- á todo y le hallo su encanto.
- ROSAL. Isidoro es gran marido.
- PAT. Le tengo por un portento.
- ISID. Gracias.
- PAT. Siempre está contento.
- GEN. Yo siempre estoy aburrido.
- ROSAL. Mi marido es optimista.
- ISID. Si, no lo puedo negar.
- ROSAL. Es un marido ejemplar.
- ISID. Porque no soy egoísta.  
¡Qué un ministro y general  
y este Bruno que es tan rico,  
y usted, excelente chico  
(Al ayudante.)  
lo encuentra todo tan mal!  
¡Pues no me ven á mí, sordo  
á todo humano tormento,  
cada dia mas contento  
y cada dia mas gordo?  
Qué diga mi Rosalía  
si me ha visto nunca triste.
- ROSAL. Yo no sé en lo que consiste,  
pero á este de dia en dia  
se le vé con menos pena.
- PAT. Pues vaya, qué mas quereis?  
¿Cuántos hijos tienes?
- ROSAL. Seis.
- GEN. Seis hijos?
- ISID. Media docena.
- AYUD. Uf! Ya tiene usted bastante  
para que les vuelvan locos.
- ISID. Pues aun me parecen pocos.
- GEN. Pues buen remedio. ¡Adelante!
- ISID. Mi renta monda y lironda  
con veinticuatro mil reales  
de sueldo, no muy cabales,  
y unos olivos en Ronda.  
Lo que tengo y lo que valgo  
en otros varios negocios,  
y así entretengo mis ócios  
siempre trabajado en algo.  
Tengo una mujer hermosa....

- PAT. ¡Aprende! (Al general.)  
ISID. En su santo afecto  
no encuentro más que un defecto.
- ROSAL. ¿Cuál?
- ISID. Ser un poco curiosa.
- ROSAL. Si, no lo puedo negar.
- ISID. Pero es laboriosa, honrada,  
y discreta, y resignada,  
y me alienta á trabajar;  
y nuestros dias serenos  
nublados no espero ver.  
Yo con tener que comer  
y ver á mis hijos buenos,  
trabajar logrando el fruto  
de mi modesta ambicion,  
y no tener opinion  
ni de pillo ni de bruto,  
le doy al dia su afan  
como dice el libro santo,  
y le encuentro mucho encanto  
á mi pedazo de pan.  
Yo veo las ambiciones  
de esta vida transitoria  
que unos fundan en la gloria,  
otros en tener millones.  
Éste en lograr el poder.  
aquel en la vanidad.  
el otro en la falsedad  
de alguna torpe mujer...  
Y yo con los ojos fijos  
en la calma venturosa,  
que me dá mi cara esposa  
y mis adorados hijos,  
sólo ansío que en la gresca  
del mundo, y triunfos ajenos—  
donde la mitad lo ménos  
no sabe lo que se pesca—  
entre la gran confusion  
de tanto afan que desprecio  
y de tantísimo nécio  
y tantísimo bribon,  
la gente al verme cruzar

diga viéndome entre cien:  
«ese es un hombre de bien,  
déjenle ustedes pasar.»

BRUNO. Á qué nos pruebas ahora  
con seis chicos por delante  
y un sueldo insignificante  
y el amor de tu señora,  
que eres tú más feliz hoy  
que yo soltero y sobrado?

AYUD. ¿Ó que yo libre y holgado?

ISID. Pues claro está que lo soy!

ROSAL. Este tiene un capital  
en su carácter.

ISID. Sí á fé.

GEN. Bien se conoce que á usted  
no le salió nada mal.

ISID. Ni ha de haber en mi existencia  
ninguna gran desventura.

GEN. ¿Tiene usted alguna escritura  
hecha con la Providencia?

ISID. Igual que si la tuviera.

PAT. ¡Jesús, que cosa más rara!

BRUNO. Y si la suerte cambiára?

ISID. Y si eso no sucediera?

GEN. Luégo usted no ha de tener  
contrariedades ¡jamás!

ISID. ¡No señor!

BRUNO Pero esto más!

GEN. ¿Pero oyes eso, mujer?

BRUNO. Oh! Qué absurda vanidad!

ISID. Lo aguardo todo á pié quieto.  
Porque yo tengo un *secreto*  
contra toda adversidad.

ROSAL. ¿Un secreto?

ISID. Si señor.

BRUNO. ¿Pero eso es un talisman?

ISID. ¡Si señor!

GEN. Pero que afán  
de imponer tamaño error!  
Vengan penas y aflicciones  
y contratiempos sin tasa;  
yo, con mi secreto en casa

- á prueba de desazones!
- ROSAL. Pero hombre, y te lo has callado.
- ISID. Qué falta te hace saberlo  
si yo he sabido tenerlo  
y no lo has necesitado?
- ROSAL. ¿Luego hay secreto?
- ISID. Si á fé.
- PAT. ¿Eficáz?
- ISID. ¡Eficacísimo!
- GEN. ¿Y seguro?
- ISID. ¡Segurísimo!
- AYUD. Lo heredó?
- ISID. Me lo encontré.
- BRUNO. ¡Eso es bromal!
- ISID. Es gran verdad!
- BRUNO. Pero chico...
- ISID. Nada, nada,  
no digo más, que ya enfada  
tanta personalidad.  
Voy ahí cerca, á la estacion...
- ROSAL. ¿Á qué?
- ISID. Á poner un despacho  
á tu hermano; ese muchacho  
tendrá una satisfaccion  
en saber pronto de tí.  
¡Ya están todos intrigados!  
¡Adios, pobres engañados! (Riendo.)  
Pronto me tendrás aquí. (Á Rosalia.)

## ESCENA II.

ROSALÍA, PATROCINIO, BRUNO, el GENERAL y  
el AYUDANTE.

- PAT. Este Isidoro es tan raro...
- BRUNO. Parece que se hizo el mundo  
para él.
- GEN. Es mucho empeño  
de luchar contra lo absurdo!
- AYUD. ¡Secreto contra las penas!
- ROSAL. ¿Quién sabe?...
- BRUNO. Mucho lo dudo.

AYUD. Si le hubiera sucedido  
lo que á mí me pasó en Búrgos  
que en un dia ví quemarse  
mi casa, hasta el piso último,  
morir mi padre del cólera  
y robarme tres mil duros  
un criado que teníamos  
y se fué á San Petersburgo...  
ya veríamos entónces  
si le bajaban los humos.

GEN. ¿Y qué hizo usted?

AYUD. Caí en cama  
y estuve tres meses justos  
entre la vida y la muerte;  
pero mi tío, el difunto  
Conde de Ardóz, me dejó  
dos millones, y eso pudo...

PAT. ¿Tendrá tu esposo algun tío  
guardado para un apuro?

GEN. Quisiera yo ver al tal  
el año cuarenta y uno,  
cual yo me ví, prisionero  
de Cabrera, allá en Sagunto,  
con mi madre moribunda  
en Tortosa, sin un duro  
para comer, nuestra casa  
quemada, mi tropa á punto  
de entregarse y una sarna  
que me comía los puños!  
Desde entónces, tengo blanco  
el pelo, que ántes fué rubio.

BRUNO. Yo he pasado por la amarga  
situacion de estar á punto  
de quebrar por diferencias  
que sumaban diez mil duros  
nada más; pero mi honra  
iba envuelta en el asunto,  
y hubo una noche en que estuve  
montado en el viaducto  
decidido á echarme abajo...

PAT. ¿Cuál fué el talisman?

BRUNO. El único:

un amigo que pagó;  
porque en este bajo mundo  
los talismanes son siempre  
monedas de cinco duros.

ROSAL. Pues Isidoro es veraz  
y no mintiera por gusto.

BRUNO. Y sobre todo, sería  
sobre despótico absurdo,  
que usted, siendo su señora  
ignorase estos asuntos  
tan íntimos, tan...

GEN. Es cierto.  
No andaría con tapujos  
con su mujer.

AYUD. Lo sabría  
su señora.

PAT. ¡De seguro!

ROSAL. (Tendría que ver que yo  
ignorase...) Yo presumo  
que el secreto es su carácter. (Pausa.)  
(Bruno se ha quedado pensativo como maquinando  
algo importante.)

PAT. ¿Qué está usted pensando, Bruno?

BRUNO. Ah! ¡No! Nada! (Pausa.)

AYUD. ¿Quiere usted algo  
mi general?

GEN. Vamos juntos  
á Gobernacion; que quiero  
recomendar cierto asunto....  
Prepara el té, que volvemos (Á Patrocinio.)  
en seguida; en diez minutos  
voy y vuelvo.

(Se ván. Rosalía se ha quedado pensativa. Bruno  
lo mismo.)

ROSAL. (¿Qué secreto  
puede ser?)

BRUNO. (Si se marchara  
la generala...)

PAT. ¡Qué gusto!

¡Se va! Voy á preparar  
la tetera. Vengo al punto.

BRUNO. (¡Ah!) (Contentísimo)

ROSAL. (Pero yo lo sabré!)  
BRUNO. (¡Ó ahora ó nunca! Ó muero ó triunfo!)

### ESCENA III.

ROSALÍA y BRUNO. Bruno ve marchar á la generala, y va rápidamente al lado de Rosalía que lanza un grito de sorpresa.

BRUNO. ¡Rosalía!

ROSAL. Qué!

BRUNO. Perdon!

pero ni puedo esperar  
ni acaso vuelva á encontrar  
otra dichosa ocasion  
de decir á usted, aunque sea  
de prisa y torpe, y sin calma,  
lo que guardo aquí en el alma  
y sin que el mundo lo vea!  
Ha muchos años, señora,  
que esperaba este momento:  
siglos fueron de tormento,  
de ansiedad devoradora.  
Mas hoy, por fortuna mia,  
cesaré tan récia lucha,  
si usted benévola escucha  
lo que siento, Rosalía.  
Usted no sintió por mí  
más que el amor de un momento,  
no un amor, como el que siento  
latir por usted aquí;  
un amor tan sin tibiéza  
que se impone á la razon;  
de tan rara condicion  
y de tal naturaleza,  
que en vano á mi voluntad  
le pido desden y olvido  
pues cuanto más se lo pido  
más crece su intensidad!

(Hágase la escena con gran rapidez, en voz baja y temerosos ambos personajes de que álguien les es-  
cuche.)

ROSAL. ¡Cómo á tal atrevimiento  
puede usted llegar!

BRUNO. ¡Por Dios!

ROSAL. ¿Pues qué, entre nosotros dos  
cabe ya otro sentimiento  
que el de una amistad sincera  
por mí sin temor creida?  
¿Ha sido tal vez fingida  
la que usted nos prometiera  
á mi esposo, á mí? ¡Oh qué horror!  
¿Cómo pude yo creer  
que había usted de volver  
á hablarme de aquel amor?

BRUNO. Alienta en mí con tal brío  
como si hoy mismo empezara.

ROSAL. ¡Qué dice usted! Quién pensara  
tamaña traicion!... Dios mío!...  
Usted que finge á mi esposo  
tan invariable afeccion  
haciendo á su fé traicion!...  
¡Oh, no! Sería horroroso!  
Me haría usted una ofensa  
indigna de un alma honrada.  
Piense usted que estoy casada  
con él.

BRUNO. Quien ama no piensa!

ROSAL. Nunca pude imaginar  
que usted volviese á insistir...

BRUNO. Usted no sabe sentir  
y no me supo apreciar!

ROSAL. ¡Oh! no hablemos del pasado!

BRUNO. Yo la amaba á usted...

ROSAL. Por Dios!

Éramos niños los dos,  
fué un amor sólo empezado,  
que allá en nuestra edad temprana  
nuestros ócios entretuvo;  
al poco tiempo usted tuvo  
que hacer un viaje á la Habana;  
nos escribimos un mes,  
se distrajo usted allí.  
yo le olvidé á usted aquí,

y cuando volvió despues,  
ni uno ni otro recordamos  
aquel amor que hoy deploro;  
yo era novia de Isidoro,  
usted vió que nos casamos...

BRUNO. Sí, y ántes, un dia, él,  
me hirió de muerte...

ROSAL. Si tal.

Usted le trató tan mal  
en el periódico aquel  
por no sé qué tontería  
política, que acudió  
á las armas, se batió  
con usted... desde aquél dia  
se cimentó la amistad  
que hoy les une...

BRUNO. Sí, lo sé...

pero yo...

ROSAL. Recuerde usted  
con qué noble asiduidad  
estuvo á su cabecera  
de su suerte pesaroso...  
cuán tierno, cuán cariñoso  
veló una semana entera,  
surgiendo del desafio  
una amistad tan leal,  
que ahora veo por mi mal  
no siente usted... ¡oh Dios mio!  
No me haga usted suponer  
que no hay en usted nobleza,  
esa falta de franqueza  
podría funesta ser...  
Usted presenció mi boda,  
con Isidoro intimó,  
él su amistad le ofreció  
y su confianza toda,  
y de su afecto á despecho  
piensa usted en la traicion?

BRUNO. Es que no hallé la ocasion.  
Hoy la encuentro y la aprovecho,  
de probarle, aunque no quiera.  
que si al hallarla casada

de mi alma estaba borrada  
aquella pasión primera,  
el trato, la intimidación...  
la dicha que usted procura  
y su creciente hermosura  
y su atractiva bondad,  
han revocado en mí ser  
aquel amor no estinguido  
hoy en mí reproducido  
cual si volviese á nacer.  
Y al ver que ese hombre fatal  
para mi triste destino  
se interpone en mi camino  
dichoso, alegre, jovial,  
con esa dicha insuitante  
que con mi dolor contrasta...

ROSAL. ¡Oh, basta!... Bruno, ya basta,  
no siga usted adelante.  
No ha de haber la perfidia  
en quien amigo se vende;  
usted á mi honor ofende,  
no por amor, por envidia.

(Transición. Habla con cariñoso acento de súplica.)

¡Deje usted que como amiga  
le aconseje y le contenga!  
¡Evite usted que yo tenga  
que hablar, y á Isidoro diga  
que un amor á quien respeta  
por leal, venderle quiere!...  
júreme usted que prefiere  
ya, con lealtad completa,  
la amistad á que me obligo  
olvidando esta locura;  
sí, Bruno, yo estoy segura  
de que será usted mi amigo  
sin manchar torpe y perjuro  
la paz de mi santo hogar.  
¿Me lo va usted á jurár?

(Tendiéndole la mano suplicante.)

BRUNO. (Tras una pausa, y haciendo por dominarse.)  
Sí, Rosalia, lo juro.

ROSAL. ¿No es más dulce esta afección?...

BRUNO. No insistiré; nada tema.  
(Hay que variar de sistema:  
paciencia... y mala intencion.)

## ESCENA IV.

DICHOS, PATROCINIO.

PAT. Vamos á tomar el té,  
ponga usted el servicio aquí.  
(Al criado que sale con el servicio de té, y lo colo-  
ca en el velador.)

BRUNO. (¡Qué suerte tiene Isidoro!)

ROSAL. Yoy á dejarle servir.

PAT. (Si no volviera mi esposo...)

ROSAL. (¡Se puede engañar así!)

BRUNO. (¿Qué podría yo inventar?)

ROSAL. (Siempre tuvo el alma ruin.)

BRUNO. (¿La indispondré?... ¡No!) Le ama!

ROSAL. (No pude yo presumir...)

PAT. Me tiene preocupada  
lo que acabamos de oír.

ROSAL. ¿Qué?

PAT. Lo que dijo Isidoro.

ROSAL. ¡Ah! ¡El secreto!

PAT. Como á mí  
me haría falta uno igual  
para poder ser feliz...

ROSAL. Tonterías de Isidoro...

BRUNO. Ello es que siempre le ví  
contento...

ROSAL. Eso es indudable.

BRUNO. Y diciendo por ahí  
con seguridad extraña  
á quien se lo quiera oír,  
que no hay penas que lo obliguen  
á doblegar la cerviz.

PAT. Vaya, ¿y si nos propusiéramos  
el secreto descubrir?

BRUNO. ¿Por qué no?

ROSAL. Me alegraría.

BRUNO. (¡Oh, qué ideal!)

ROSAL. Á ver si á tí

te ocurre...

BRUNO. (Aunque sea en broma  
se le puede hacer sufrir,  
y quién sabe...)

PAT. ¿Quieres leche?

ROSAL. Muy poca.

BRUNO. (¡Inventando... sí!)

## ESCENA V.

DICHOS, el GENERAL.

GEN. Ya estoy de vuelta.

PAT. ¡Qué pronto!

GEN. Cayó el Gobierno!

ROSAL. ¡Hombre! ¿al fin?

BRUNO. Mi general, una idea  
que vamos á discutir.

GEN. ¿De qué se trata? (Colocándose en medio.)

BRUNO. Se trata,

señores, de descubrir  
qué secreto es el famoso  
que nos ha indicado aquí  
Isidoro hace un momento  
para poder combatir  
los azares de la suerte.

GEN. Que tratándose de mí  
se parece á mi señora  
en lo de hacerme infeliz.  
Con el cambio de gobierno  
pierdo los cincuenta mil  
de sueldo, y lo que me cueste  
la eleccion que ha de venir.  
¡Ni esto es país, ni esto es nada!  
Como no entre Pepe Ortiz  
en Guerra...

PAT. ¿Y tú, por qué no entras?

GEN. ¡Porque no quiero salir!  
porque á mí no me echa nadie!  
(Paseándose á lo largo de la escena con las manos  
atrás.)

BRUNO. Se trata, pues, de inquirir  
qué talisman ignorado

tiene Isidoro; que al fin,  
si le tuviéramos todos,  
daríamos en el quid  
de ser dichosos por fuerza.

GEN. No estoy hoy para reír;  
pero no es para otra cosa  
la pretension baladí  
de estar á prueba de bomba  
como se suele decir!

BRUNO. Pues bien, si ustedes me ayudan  
yo lo descubro.

ROSAL. Usted!

BRUNO. Sí.

Mejor dicho, todos juntos,  
yendo de acuerdo.

GEN. Por mí...

BRUNO. El plan es tan sencillísimo,  
que van ustedes á oír  
y á darme la razon todos.

PAT. Oigamos.

GEN. Á ver.

ROSAL. Mas...

BRUNO. ¡Chist!

Despacito y buena letra...  
porque pudiera venir...

(Vá á mirar, puerta fora, y vuelve.)

¿No ha dicho bien claramente  
que su destino infeliz  
no le vencería nunca  
ni le dará que sufrir?

Pues finjamos entre todos  
catástrofes mil y mil  
de las que á cualquier mortal  
le pudieran ocurrir  
y, ó se rinde á lo que vea,  
ó nos vence en esta lid  
de desazones diarias  
que le vamos á fingir.

ROSAL. Catástrofes? Eso es fuerte,  
y declaro que por mí,  
no consentiré jamás  
turbar su calma feliz.

- GEN. Poco á poco, no enredemos!
- PAT. No está mall
- GEN. No ocurra aquí  
lo que nos pasó en Pamplona  
con el capitán Marin,  
que entre varios oficiales,  
en cuanto se echó á dormir,  
le cerramos las ventanas  
y nos pusimos allí;  
todos á charlar á oscuras  
y á suponer y fingir,  
que entraba el sol en el cuarto  
para que oyéndolo así,  
creyera el hombre estar ciego;  
y tan bien se llegó á urdir,  
que al creerse ciego, el hombre  
reventó del berrenchin.
- ROSAL. No hay que estremar ese medio  
que no puedo consentir....,  
Pequeñas molestias, bueno,  
mientras no pasen de ahí.
- BRUNO. Ó hay secreto ó no hay secreto!
- GEN. ¡Claro!
- BRUNO. En viéndole sufrir  
se le dice que es mentira.
- ROSAL. Yo creo que sólo así  
se averiguará, qué es,  
porque él no lo ha de decir.
- GEN. La idea es tan endiablada,  
que se te ha ocurrido á tí  
de seguro!
- PAT. Pues te engañas.
- ROSAL. Y qué se podrá mentir?...
- BRUNO. Todo género de cosas  
terribles.
- PAT. Lo que es á mí  
no se me ocurre...
- BRUNO. Trastornos  
de familia...
- PAT. Sí, es sí.
- GEN. Que se le ha muerto su madre.
- TODOS. ¡Hombre, por Dios!

PAT. ¡Qué pillin eres!

GEN. ¡Que está envenenado!

TODOS. Pero hombre!...

GEN. Pues de mentir, mentir en gordo!

ISID. (En la puerta.) ¡Hola! ¿quién está envenenado?

BRUNO. ¡Chist!

## ESCENA VI.

DICHOS, ISIDORO con el abrigo de su señora en la mano.

BRUNO. Adios, Isidoro... ¡nadie! hablaba de un folletin de *El Liberal*...

ISID. (Á Rosalía.) Ya; hija mia andando, vengo por tí.

ROSAL. (Ya hablaremos.) (Ap. á Patrocinio.)

PAT. (Id.) (Ya hablaremos!)

ISID. No tardemos en salir que está empezando á llover y no hay coches por aquí.  
(Habla poniéndole el abrigo á Rosalía. Los demás hablan aparte.)

BRUNO. Pues con el secreto tuyo no tienes más que pedir al cielo que espere un poco... y evitas mojarte así.

ISID. (Cogiendo á su mujer del brazo y volviéndose en medio de todos.)  
Mi secreto no es remedio material, que puedan ir á comprarlo los mortales; y no me hagas repetir lo que ya he dicho hace poco ántes de salir de aquí.  
Yo conozco á mi costilla y sé que se va á morir de curiosidad...

ROSAL. Y tú

- me dejas con ella?
- ISID. Sí;  
mientras tú no lo descubras  
yo no te lo he de decir!
- PAT. Ni á mí tampoco?
- ISID. Ni á nadie!  
pero ya que hay que insistir,  
repito y juro y sostengo  
que con él vivo feliz,  
y no digo más, y en marcha,  
que es tarde y hay que dormir.
- ROSAL. (Ven á verme. (Ap. á Patrocinio.)
- PAT. Muy temprano.)
- ISID. Adios, Bruno.
- BRUNO. Adios, feliz!
- ISID. Mi general...
- GEN. Buenas noches.
- ISID. Señora...
- PAT. Iré por allí.

## ESCENA VII.

EL GENERAL, PATROCINIO, BRUNO.

- GEN. (Á Bruno.) Entro en el complót! Me carga  
que se me den tono así
- BRUNO. ¡Vamos á pensar diabluras!  
(Cogiéndose del brazo del General.)
- PAT. Yo tambien las voy á urdir  
á mis solas.
- BRUNO. ¡Hay que darle  
mil disgustos!
- GEN. ¡Treinta mil!
- BRUNO. (Burla, burlando, le meto  
donde no pueda salir!)  
(El General y Bruno se van cogidos del brazo,  
puerta derecha. La generala puerta izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

Salon en casa de Isidoro.

### ESCENA PRIMERA.

ROSALÍA, DOÑA PATROCINIO.

PAT. ¡Rosalía, Rosalía!

ROSAL. ¡Hola! ¿Cómo tan temprano?

PAT. Ya te dije que quería  
dar un abrazo á tu hermano.

ROSAL. Yo te agradezco de veras  
tal obsequio.

PAT. Á verle voy.

ROSAL. ¡No será fácil; si vieras  
lo disgustada que estoy!  
Á poco de amanecer  
me levanté con tal prisa...  
Se ha quedado en Santander  
segun aquí nos avisa.

PAT. ¿Un telegrama?

ROSAL. Con esto  
ya tengo yo en qué pensar.  
(Leyendo.) «Ligeramente indispueto:  
tardaré un dia en llegar.»

PAT. ¿Luégo llegará mañana?

ROSAL. Ya ves; el despacho es de hoy.

- PAT. Ya de verle tengo gana;  
él ya sabe quien yo soy,  
que cuando ascendió á teniente  
yo influí, como es sabido...
- ROSAL. ¿Y por qué?
- PAT. ¡Naturalmente;  
por oír á mi marido!  
Con qué, vamos al asunto  
que motiva mi visita.  
¿Has hecho algo?
- ROSAL. Estuve á punto  
de descubrirme.
- PAT. ¡Ay, hijita!  
Veo que aún eres ajena  
al arte de conspirar.
- ROSAL. Casi me está dando pena  
de lo que le vá á pasar.
- PAT. Siendo en broma...
- ROSAL. Ya lo sé.  
Pero el pobre vá á sufrir.
- PAT. ¿No afirma con tanta fé  
que á todo ha de resistir?
- ROSAL. Desde las once, en que he oído,  
que se iba á su obligacion,  
la casa entera he corrido  
sin olvidar ni un rincon,  
buscando en su papelera,  
en la ropa, en el armario,  
en el mundo, en la cartera,  
y en fin, en el movilario,  
algo que me diera indicio  
de ese famoso secreto,  
que ya es para mí un suplicio  
y que romper me prometo.  
Ya anoche á poco reñimos.
- PAT. Si tú convencer te dejas...
- ROSAL. Ni le vencieron mis mimos  
ni le ablandaron mis quejás.  
—«El secreto de mi fé  
quien no es ciego lo verá.»  
—«Yo no lo entiendo.» —«¿No, eh?  
Pues hija, á la vista está.»

PAT. ¿Si será atgun bebedizo?

ROSAL. ¿Crees tú en eso?

PAT. ¡Segun!

Hay quien ejerce el hechizo  
contra el sentido comun.

Más de dos y más de tres,  
y de cien personas sérias,  
creen con ciego interés  
en todas estas miserias.

Tengo yo una amiga... Rosa.

la mujer de Luis Lahoz,  
que es como pocas celosa  
y tiene un marido .. atroz,  
y cuando quiere saber  
lo que oculta su consorte  
vá á casa de una mujer  
que tiene fama en la córte,  
y que, á más de echar la carta,  
que así se llama esta ciencia,  
y de inventar una sarta  
de mentiras, sin conciencia,  
da secretos de querer,  
y recetas de prender,  
y bebidas de atraer,  
y jarabes de olvidar.

¡Uf! yo estuve allí con ella;  
es allá, en la Cava-Baja;  
nos puso en forma de estrella  
las cartas de la baraja,  
sobre una mesa estendidas,  
y nos dijo mucho y bueno.

—«Ustedes están perdidas  
por un sujeto moreno;  
es un hombre disoluto  
é inmoral, y perverso,  
la dá de listo, y es bruto.

Y yo dije:—mi marido!—  
Luégo nos dió una redoma  
de un licor extravagante  
que cualquiera que lo toma  
se enamora del donante.

Rosa tuvo el poco tino

de usar de él...

ROSAL.

¿Y qué?

PAT.

Hazte cuenta,

le echó á su esposo en el vino...  
y el hombre á poco revienta!

ROSAL.

¡Jesús! (Riendo.)

PAT.

Tal vez el secreto

de tu esposo sea así;  
un filtro...

ROSAL.

¡Cál!

PAT.

Un amuleto. .

ROSAL.

Ello hay que saberlo.

PAT.

Oh, si!

Que si hay mortal tan dichoso  
como tu caro pariente;  
al secreto de tu esposo  
tiene derecho la gente.  
Edisson en sus diabluras  
no ha inventado cosa igual,  
«remedio á las desventuras»  
tiene mucho de ideal.

Mi esposo y Bruno han quedado  
en traer la fatal nueva.

Y tú?

SAL.

Cumplo lo pactado

para que hagamos la prueba.

Hé aquí una carta reciente (Dándosela.)  
de nuestro administrador.

PAT.

Ajajál... perfectamente (Guardándosela.)  
se mentirá con primor.

Voy á llevarla al sujeto...

finje bien, no haya un fracaso;

ese es nuestro gran secreto,

fingir cuando llega el caso.

Si viniese mi marido

díle que me espere.

ROSAL.

Sí.

PAT.

Ya sabes que he decidido  
que hoy almorcemos aquí.

ROSAL.

Y si viene Bruno...

(Lo dice con cierto temor. La generala vuelve desde la puerta.)

- PAT. Escucha;  
yo las cazo al vuelo.
- ROSAL. ¿Y qué?
- PAT. Y como yo soy muy ducha  
en cosas que yo me sé...
- ROSAL. ¿Qué vas á decir?
- PAT. Que veo  
que Bruno te hace el amor.  
Tú no le admites, lo creo;  
pero todo hombre es traidor,  
y cuando halla coyuntura  
la aprovecha de mil modos;  
así pues, en la diablura  
que aquí vamos á hacer todos,  
obra de acuerdo si quieres  
con todos... mas huye de él.
- ROSAL. Oh, gracias! ¡Qué buena eres! (Abrazándola.)
- PAT. No; soy amiga, y soy fiel.  
Nadie habrá que á mí me increpe  
por cierto estilo, eso no!  
Ya ves, le soy fiel á Pepe!  
¡qué persona seré yo!  
Hasta luégo. (Váse foro.)

## ESCENA II.

ROSALÍA.

- ROSAL. ¡Ah, ¡Isidorito!  
secretos con tu mujer!...  
Pero qué empeño maldito  
de ocultar... ¿qué puede ser?  
un buen regalo apostamos  
á que lo he de descubrir...  
á fé que si le ganamos  
nos vamos á divertir.

## ESCENA III.

ROSALÍA, LA DONCELLA.

- DONC. Señorita... el chiquitin

ROSALE. quiere que le vista usted.  
Hola, despertó por fin,  
allá voy .. ya voy, bebé.  
(¡Cuándo le prepararemos  
Tan agradable sorpresa!)  
No olvide usted que hoy tenemos  
dos personas á la mesa.

## ESCENA IV.

LA DONCELLA, despues ANDRÉS.

DONC. Si encontrara yo un esposo  
como el señor... ojalá!  
Matrimonio más dichoso  
ni se ha visto ni verá!  
Llaman. (Va hasta la puerta del foro.)  
Es un caballero.  
Y se cuele de rondon!  
¿Quién será? Con qué franqueza...  
Ya viene.

AND Gracias á Dios!

DONC Parece que viene malo...

AND. ¿Será verdad? Seré yo?  
¿Habrán pasado doce años?  
¿No habrá sido una ilusion,  
un sueño, cuanto ha pasado  
ni cuanto á mí me pasó?  
¡Ay! qué placer tan intenso  
siente al fin mi corazon,  
al pensar que de aqui á poco  
podré con el santo amor  
de la familia, hallar dulce  
descanso á tanta emocion!  
Hola, niña!

DONC. Caballero...  
si me hace usted el favor  
de decirme á quien...

AND. Á nadie.

No me anuncie usted.

DONC. ¿Qué?

AND. ¿No?..

¡Vengo á dar una sorpresa!  
Y usted vá á ayudarme!

DONC. ¿Yo?

AND. Si, hija mia. ¿La señora  
está en casa?

DONC. Si señor.

AND. Dónde?

DONC. Allí. (Señalando puerta primera izquierda.)  
De aqui se vé.

AND. Pues espere usted.

(Vá á la puerta y echa la cortina.)

Chiton!

(Mira por detrás de la cortina.)

Está vistiendo á su nene.

¿Ese es el niño mayor?

DONC. Si señor, pero...

AND. ¿Es precioso!

¿Y aquellos que duermen?

DONC. Son

las niñas, las dos medianas.

AND. ¡Qué lindas! ¿Y la mayor?

DONC. En el colegio.

AND. Ah, si; justo;

que esa ya ha cumplido los...

¿Cuántos años tiene?.. once,

verdad? Y será un primor,

verdad? ¿Y los otros chicos?

porque aquí me faltan dos;

¡ah, ya los veo! allí salen...

¡pero hombre, que familion!

(Apartándose) Ay! que viene! No, no viene!

DONC. Pero me hace usted el favor...

AND. Vamos á ver; oiga usted,

estamos en el salon

verdad? Aquel es el cuarto

de los chicos; bien; los dos

de al lado, serán... despacho...

(Vá mirando por todas las puertas.)

justamente: el comedor...

aquí un cuarto de costura:

la casa es grande, por Dios.

Dígame usted, dónde tiene

- la señora el tocador?
- D ONC. Allá dentro, más allá  
del pasillo.
- AND. Pues yo voy  
á esconderme allí ahora mismo,  
y usted se calla.
- D ONC. ¡Qué horror!
- AND. ¡Já, já! Qué cosa tan grave,  
verdad? ¿Eh? *Qué sans façon.*  
Pues allí voy á encerrarme,  
y usted cumpla su mision  
de aguantarse por la buena.
- D ONC. ¡De ningun modo!
- AND. ¿Qué no?  
¿Y mediante cinco pesos?
- D ONC. Pero...
- AND. Y palabra de honor  
de repetir el regalo  
en cuanto consiga yo  
que la señora me encuentre  
allí...
- D ONC. ¿Qué?
- AND. De sopeton.
- D ONC. Mi señora es muy capaz...
- AND. De qué?
- D ONC. De qué? Qué sé yo!  
Pues bonita es mi señoral
- AND. ¡Oh! bonita... como un sol!
- D ONC. Y en viéndole á usted.
- AND. En viéndome...
- D ONC. Qué?
- AND. Mi palabra de honor.  
¡Me va á dar más besos!
- D ONC. Ella!
- AND. Millones!
- D ONC. Pero por Dios!
- AND. Usted calle y ya verá.
- D ONC. (Nunca sospechara yo  
que la señorita... vamos.. )
- AND. ¿Á qué hora viene el señor?
- D ONC. El amo? Segun. Hay dias...
- AND. Y acá para èntre los dos

¿qué tal es?

DONC.

¿El amo?

AND.

Si.

DONC.

El amo? Un alma de Dios.

¡Un santo!

AND.

Y la quiere mucho?

DONC.

Muchísimo! ¡Con furor!

Ya ve usted, tienen seis niños!

AND.

Cierto que es una razon!

Y es celoso?

DONC.

Ni por pienso

Pero no es un contra-Dios?...

AND.

El qué?

DONC.

¡Nada! ¡Friolera!

AND.

¡Ah! tanto niño? Mejor!

Si los quieren...

DONC.

Con delirio.

AND.

Ea suma, que en esta union

todo es dicha?

DONC.

Hasta el presente...

AND.

Pues bendito sea Dios!

DONC.

(¡Qué hombre mas raro!)

AND.

Ea, niña,

vá usted á hacer la comision

siguiente... ¡Vé usted esta caja?

(Cogiendo un estuche que dejó al entrar sobre una silla.)

Queda en este velador

Dirá usted que lo ha traído

un criado y que encargó

lo diesen á la señora

sin decir quien lo envió.

¿Estamos?

DONC.

Bien.

AND.

Y yo ahora

me voy hácia el tocador.

Ellá tendrá que vestirse

para el almuerzo; el señor

almuerza en casa?

DONC.

Hoy, de fijo,

porque hay convidados dos

amigos de la familia.

- AND. Dos amigos? Quiénes son?  
DONC. El señor general Ponte.  
AND. Hombre, me alegro! Qué honor!  
almorzaremos.  
DONC. Usted  
tambien?  
AND. Yo tambien. Chiton.  
Ya verá usted que alboroto  
se vá á armár.  
DONC. Pero por Dios!  
AND. ¡Silencio! Oh, qué alegre dia!  
Nadie más feliz que yo! (Váse furo.)

## ESCENA V.

LA DONCELLA.

¡Vamos! y en quién fia una?  
quién iba á pensar, señor,  
que en un matrimonio así  
habia un número dos?  
Por vez primera ayer noche  
disputaban... si el señor  
sospechará...

## ESCENA VI.

LA DONCELLA, BRUNO:

- BRUNO. Buenos dias.  
DONC. Don Bruno  
BRUNO. El señor salió?  
DONC. Como siempre. Á la oficina.  
BRUNO. Quiere usted decir que estoy?  
DONC. (Y á este que es un buen amigo  
nunca se le recibió.)  
Con mucho gusto. (Hoy le tragal)  
BRUNO. ¡Recibel! Gracias á Dios!

## ESCENA VII.

BRUNO.

La gota horada la piedra,  
rompe el mar las viejas redes  
y á las más fuertes paredes  
las desmorona la yedra.  
Mil veces se me negó  
y hoy, por fin, vá á recibirme,  
y ella á querer resistirme  
y á querer vencerla yo;  
irémos pasando dias  
y convenciéndonos más,  
y sin sentirlo quizás,  
tornarán las simpatías.  
Y vendremos á parar  
á mi axioma salvador,  
de que el poder y el amor  
piden saber esperar.  
(Se sienta junto al velador)

## ESCENA VIII.

BRUNO, LA DONCELLA.

DONC. La señora vá á salir.  
BRUNO. ¿Todo el mundo está aquí bien?  
DONC. Todos.  
BRUNO. ¿Y tú? (Abriendo distraido el estuche.)  
DONC. Yo tambien.  
BRUNO. ¡Hombre! ¡Está bien! *Souvenir*.  
(Leyendo la palabra en la alhaja.)  
¡Gran brazaletes! ¡El señor  
lo ha comprado?  
DONC. Yo no sé...  
lo trajo un hombre y se fué.  
BRUNO. ¡Ah! ¿es regalo?  
DONC. (Acercándose y viéndolo.) Y de valor.  
¿Verdad?

BRUNO. Es de oro macizo.

DONC. ¡Cómo las gasta el intruso!

BRUNO. Tú estás pensando que abuso:  
yo soy como Dios me hizo,  
soy curioso...

DONC. Á mí me pasa  
lo mismo.

BRUNO. ¡Yal! ¡yal! ¡me escamo!

DONC. En fin, como dice el amo:  
«el señor está en su casa.» (Se vá Bruno.)

(Así que se vá la doncella, Bruno vuelve á abrir el  
estuche, saca de él un papel y lee precipitadamen-  
te y resguardándose por si acaso le ven.)

«¡Soy yo mismo; sí, soy yo  
aquel que no volvería!  
resaladísima mia,  
adivina quién te dió.»

¡Hola! enigmas amorosos.

Para mí. (Se guarda el papel.)

Lindos renglones.

Con esto y las emociones  
que aguardan á ambos esposos...

Todo vá que ni ensayado.

Ea, Bruno, el campo es tuyo

Vea ella el fin de su cuyo  
y el juego estará ganado.

## ESCENA IX.

BRUNO, ROSALÍA.

BRUNO. ¡Oh, señora!

ROSAL. ¿Cómo vá?

BRUNO. Estando aquí, siempre bien.

ROSAL. ¡Siempre galante!

BRUNO. ¿Y á quién

usted galante no hará?

Ya sé que nuestro Isidoro,  
como dicen los chiquillos,  
se propone hacer novillos  
en perjuicio del Tesoro.

ROSAL. Vienen á almorzar..

BRUNO. Ya sé,  
la generala y su esposo.  
¡Almuerzo dulce y sabroso!  
lo envidio.

ROSAL. Quédese usted.

BRUNO. Acepto con alma y vida  
y además que nos conviene.

ROSAL. ¿Sabe usted á lo que viene  
Patrocinio decidida?

BRUNO. Á lo que vengo tambien.  
Á descubrir el secreto  
de Isidoro; y me prometo  
conseguirlo pronto... y bien!  
¡Vamos á darle los sustos...  
por docenas!

ROSAL. (Riendo ) ¡Puede ser!

BRUNO. Y ó no hay tal secreto...

ROSAL. Á ver...

BRUNO. Ó yo le mato á disgustos.

ROSAL. ¡Hombre, por Dios!

BRUNO. ¡Oh, sin duda!

ROSAL. Matarle, no.

BRUNO. ¡Ay Rosalía!

¡Qué gran fortuna sería  
para mí, verla á usted viuda!

ROSAL. Modere usted su lenguaje.

BRUNO. Rosalía, broma ha sido.

ROSAL. Por broma lo he recibido  
pero, aún así, suena á ultraje.

BRUNO. ¡Que se ofenda su decoro  
por una broma admitida,  
sin darse por ofendida  
del silencio de Isidoro!  
(Movimiento de Rosalía.)  
¡Por qué un marido que adora,  
según dice, á su mujer,  
se complace en hacer ver  
que oculta algo á su señora?  
¿Qué misterio tan oculto  
hay en su vida y tan hondo?  
dígame usted si en el fondo

esto no es un gran insulto:  
Porque yo, aunque soy soltero,  
comprendo que en ese estado  
del matrimonio, el casado  
debe de ser caballero,  
y tratar á su mujer  
con confianza completa;  
¿quién que á su esposa respeta,  
como es forzoso deber,  
guarda una dicha escondida  
que sólo en su pró redunde?  
ese marido, confunde  
la esposa con la querida!

ROSAL.. ¡Cómol

BRUNO. Pues claro es que sí.

¿Qué quiere decir, yo tengo  
una dicha que convengo  
en guardarme para mí?  
¿Conque es decir que si un día  
—cosa frecuente y vulgar—  
se pudiera aquí trocar  
en desdicha la alegría...  
su alma á la de usted infiel  
quiere de egoismo llena  
para usted, sólo la pena  
y el consuelo para él?  
Seamos francos, señora,  
despues de lo que he oido,  
yo creo que ese marido  
á quien usted tanto adora,  
ó no la quiere á usted nada ..

ROSAL. ¡Hable usted con más respeto!

BRUNO. Ó ha descubierto el secreto  
de tenerla á usted hūmillada,  
para que vea la gente  
que aquí se vive, y lo siento,  
él tan gordo y tan contento  
y usted tan indiferente.  
Secreto! Yo sé cuál es!  
el que tienen otros muchos  
cual este Isidoro, duchos  
en imponer su interés,

En toda union venturosa  
uno ha de ser el dichoso;  
ó el que manda es el esposo  
ó la que reina es la esposa.  
Ó él ó ella sufren el potro  
de estar al otro sujeto,  
este es todo el gran secreto;  
créame usted á mí, no es otro!

ROSAL. Isidoro siempre fué  
amante como el que más.

BRUNO. Porque aquí no hubo jamás  
grandes penas.

ROSAL. ¡Oh! no á fél  
Y él dice que aunque las haya  
no las tendrá.

BRUNO. ¡Vive Dios!  
las tendrá usted por los dos.  
Y eso es amor? Vaya, vaya!  
Ó malo ó sin corazon,  
esto es él de cualquier modo.

ROSAL. No! (Queriendo luchar con la convicción.)

BRUNO. Que no?

ROSAL. (Llorando.) (Y despues de todo  
este hombre tiene razon!)

BRUNO. Pronto lo vamos á ver,  
yo traigo una farsa urdida,  
ni usted ha de estar advertida.

ROSAL. ¿Cómo?

BRUNO. Déjeme usted hacer.

Pues yo que constantemente  
me he propuesto ser dichoso  
y soy rico, y religioso,  
y libre é independiente,  
tengo á veces grandes penas  
que me quitan calma y sueño,  
y pongo desde hoy empeño  
viendo desdichas ajenas,  
siquiera sean fingidas,  
en coger ese amuleto.

Robemos ese secreto  
á estas almas... distinguidas,  
y consigamos así

probando á ese hombre su fé,  
la redencion para usted  
y la leccion para mí.

ROSAL. ¡Oh sí!

BRUNO. En esto Rosalia  
ningun interés me mueve.

ROSAL. Gracias.

BRUNO. ¡Llora! se conmueve!  
Débil... y orgullosal... Es mia!

## ESCENA X.

DICHOS, LA DONCELLA, ISIDORO con una caja de  
carton

DONC. El señor. (Anunciando. Váse.)

ROSAL. Ah!

ISID. Hola, Brunito!

¡Hola nena! ¿Y Fernandin?

ROSAL. Ya está bien

BRUNO. ¿Tu chiquitin?

ISID. Ha estado delicadito.

Las muelas. . ¿qué hay Rosalía?  
qué tal?

ROSAL. ¿Y tú?

ISID. Yo? ya ves,  
pensando en tí. (Enseñando la caja que trae.)

BRUNO ¡Ya!

ROSAL. Qué es?

ISID. ¿Qué te ofrecí el otro dia?

ROSAL. ¡Ah! el sombrero!

BRUNO. (Ya ha cambiado  
de rostro.)

ISID. De rechupete!

BRUNO. Un sombrero! Un brazalete!  
Chico, tú estás muy sobrado!

ROSAL. ¿Brazalete?

ISID. Quién, yo?

ROSAL. ¿Á mí?

BRUNO. ¡Ah! no? Dispensa, pensé.  
Como mientras esperé

- ese brazaletes vi... (Señalando al estuche.)  
ROSAL. ¿Ay, qué es esto?  
ISID. Yo no he sido...  
BRUNO. Yo abrí curioso la caja...  
Es una preciosa alhaja!  
ISID. ¡María! (Llamando.)

## ESCENA XI.

DICHOS, LA DONCELLA

- ISID. Quién ha traído?...  
DONC. ¡Ah! ¿El estuche? lo ha dejado  
un hombre hará media hora...  
Dijo:—«Para la señora.»—  
y no me dió más recado.  
ISID. Ya sé quién es. Mi papá!  
ROSAL. ¿Tu padre?  
ISID. Ayer me escribía  
que en la última lotería  
sacó dos mil duros!...  
ROSAL. Ya!  
BRUNO. (Y ella no sé turba!)
- ISID. (Asaltado de pronto por otra idea.) NO!  
¡Ya sé lo que es! ¡Ah, indecente!  
¡Este es el del expediente!
- LOS DOS. Cómo?  
ISID. Ya me lo anunció!  
Figúrate... ¡qué país!  
(Con la mayor indignación.)  
que acabo de resolver  
cumpliendo con mi deber  
cierto asunto á un tal Solís,  
que allá en Cuenca armó un extraño  
pleito que le interesaba,  
y el expediente se estaba  
sin resolver hace un año.  
Y como estos lugareños  
tienen las mañas viciosas  
de resolver estas cosas

por influencias y empeños...  
este tal... ¡pillos!... tahures!  
infames! sobornadores!

(Pateando y dándose repelones.)

ROSAL. ¡Pero, hombre, no te acalores!

BRUNO. Pero, hombre, no te sulfures!

ISID. ¡Qué! Si es que recuerdo ahora  
que me dijo: «Hágalo usted...  
que en saliéndolo eso, yo haré  
un regalo á la señora!

BRUNO. Pues entónces...

ISID. ¡Qué bribon!

Yo exclamé cuando esto oí:

—»Si no se vá usted de aquí . . .  
le tiro por el balcon!»—

Y él se fué, y yo, sin malicia,  
lo he resuelto bien despues;

¡es claro! como que es

una cosa de justicia!

Nada! Es él! Él; Se ha ocultado  
y me envía... No le absuelvo.

(Cogiendo el estuche y tocando el timbre )

Ahora mismo lo devuelvo  
y estamos del otro lado.

(Á la Doncella que sale.)

María... como una flecha  
devuelve este brazaletes...

San Onofre, diez y siete,  
tercero de la derecha.

ROSAL. ¿Vé usted? (A Bruno.)

BRUNO. (Ap. á Rosalía.) (Yo guardo el papel.)

ROSAL. (¿Qué papel?) (Id.)

BRUNO. (Chist!...)

ROSAL. (Pues qué es esto?)

BRUNO. (Bien finge.)

ROSAL. (Ah! estaba dispuesto...)

BRUNO. ¡Bah! No pienses más en él.

ISID. Sí; mejor es no pensar...  
Toma, lija mia, el sombrero.

En cuanto tenga dinero

yo te prometo comprar

un brazaletes mejor...

- ROSAL. No, por Dios.
- ISID. Y cuantos vendan.  
Verás, en cuanto me asciendan...
- BRUNO. Lo esperas?
- ISID. Oh, sí señor.  
Tenemos gobierno nuevo  
desde ayer...
- BRUNO. Lo sé muy bien.
- ISID. Y espero que estos me den  
el ascenso...
- BRUNO. Ó el relevo.
- ISID. ¡Relevo?
- BRUNO. La cesantía...
- ISID. Y por qué? ¿Qué hay contra mí?
- BRUNO. Hay... que el país es así  
y á decírtelo venía.
- ISID. Qué? (Sin comprender todavía nada.)
- BRUNO. Yo lo sé desde ayer  
y te quise prevenir,  
más por acaso al subir  
hallé á tu puerta á Ferrer,  
portero de tu despacho...
- ISID. ¿Ferrer? El rubio? El bajito?  
Ferrerito? Oh! Ferrerito,  
un excelente muchacho  
que ha escapado como yo  
de crisis y de mudanzas  
y cambios y contradanzas...
- BRUNO. Él, sí; pero tú, ya no.
- ISID. Cómo? (Comenzando á sospechar.)
- BRUNO. Él me ha dado este pliego.  
(Dándole un pliego.)
- ISID. ¡Qué! ¡Dios mío! (Después de leer.)
- BRUNO. (Ap. á Rosalía.) (Chist! Adelante!  
Es falsa!)
- ROSAL. (Ah! bien!)
- ISID. (Cayendo sobre una butaca.) ¡Cesante!

## ESCENA XII.

DICHOS, EL GENERAL y PATROCINIO.

PAT. Acá estamos.

GEN. Sangre y fuego!

Qué escaleral

BRUNO. ¡Chito!

LOS DOS (Bajando la voz.) Qué?

ROSAL. Primera prueba.

GEN. Qué pasa?

ISID. ¡La ruina de nuestra casa!

El pan de mis hijos!

PAT. Eh?

BRUNO. (Haciendo señas mientras habla, para que se enteren de la farsa.)

¡Nada! el favor, la influencia  
contra una persona honrada,  
le dejan de una plumada  
á la luna de Valencia.

(Pausa: la generala avanza despacio hasta Isidoro,  
y tocándole en el hombro le dice.)

PAT. Y el secreto?

ISID. (Alzándose animado.) Ah! lo presiento!

Yo nunca he necesitado  
recordarlo.. ya es llegado  
este solemne momento.

¡Oh dulce amiga del alma!

(Cogiendo á Patrocínio ambas manos.)

Usted con nombrarlo aquí

me ha dado la vida! Ah sí!

Usted me vuelve la calma!

¡Torpe, infiel memoria mía!

(Animándose por grados.)

Ya el primer susto pasó:

no se duela nadie, no,

no te apures, Rosalía!

No importa lo que sucede,

yo á cuan'o ocurra me avengo.

quien tiene lo que yo tengo  
ni debe cejar, ni puede!  
Ya está; mi rostro no veis?  
mi firme acento no oís?  
á creerlo os resistis?  
el cambio no comprendéis?  
Pues yo me siento tan fuerte,  
tan vigoroso, tan grande,  
que no hay rigor que me ablande  
para humillarme á la suerte.  
¡Oh, sí! el secreto está allí!

(Señalando segunda puerta izquierda del actor.)

quiero ahora mismo invocarlo,  
verlo, tocarlo, besarlo,  
¡Así seré fuerte, así!

(Vá corriendo á la primera puerta lateral izquierda. En seguida como movidos por un resorte echan todos á correr. Él echa la llave, y todos se ponen formando cola á mirar por la cerradura. conforme va hablando se van quitando unos á otros rápidamente para ver cada cual á su vez segun indica el dialogo.)

GEN. Esto es una chifladura!

ROSAL. Yo voy á ver donde fué.]

PAT. ¡Déjame ver!

BRUNO. ¿Qué se vé?

GEN. Sí tapó la cerradura!

BRUNO. Quedó la llave derecha...

¡No se vé nada!

GEN. ¿Á ver yo?

ROSAL. ¡Si usted no me deja!

GEN. ¿Yo?

BRUNO. ¡Si usted no habla!

GEN. ¡Si usted me echa!

(Vuelve á salir Isidoro, pero por la segunda puerta lateral inmediata, es decir, por la del proscenio.)

ISID. ¡Ah! (Respirando con fuerza como el que se la quita un peso. Se coloca en medio y con resolucion marcada, y dice.)

ROSAL. Ya está otra vez aquí.

(Á Patrocinio.)

- ISID. ¡Ea, á almorzar! ¡Té convidol! (Á Bruno.)
- ROSAL. ¿Lo que calma á mi marido  
es secreto para mí?  
¿Á mí me queda la pena  
del trastorno que deploro  
y miétras que yo lo lloro  
tú alzas la frente serena?  
¿Por qué ocultarme procuras  
la causa de que sonrías?  
¡Para tí, las alegrías;  
para mí, las amarguras!
- ISID. ¡Por qué tu vista no vé  
ni mereces consolarte;  
porque no hay para qué darte  
lecciones de ciega fe,  
y porque yo así consigo  
nueva vida el dia de hoy,  
y, porque soy, lo que soy,  
y la suerte vá conmigo!  
¡Yo puedo ser industrial,  
comerciante, contratista,  
empresario, periodista ...,  
zapatero de portal!  
Todo lo que pronto ó tarde,  
hace á un hombre independiente  
cuando no humilla la frente  
ni es al trabajo cobarde.  
Y, con esto, y con mi hacienda,  
que aunque es harto reducida  
dá para pasar la vida,  
caso de que no la venda,  
podré, al destino nefasto,  
dar de mi vigor la muestra.
- GEN. (Aquí entra la farsa nuestra;  
verá ustedé como lo aplasto.)  
¡Alto ahí! Cuando aquí entré,  
traía nuevas de allá;  
le ví á usted sobre el sofá  
desplomado, y me callé.  
Hay algo que usted no sabe  
y diré mal de mi grado,  
que yo soy pintiparado,

para una noticia grave.

PAT. ¡Oh, tú sí!

GEN. Claro que sí.

Acuérdate tú, sinó,  
cuando tu padre murió,  
lo bien que te lo advertí.

Vino á casa un mar de gente  
sin dar con la frase...

PAT. ¡Ya!

GEN. Yo entré y dije:—«Tu papá,  
está de cuerpo presente.»

BRUNO. (¡Qué bárbaro!)

GEN. ¡Así! El mal trago,

pronto. ¿Á qué más dilaciones?

Vaya usté á contribuciones  
y exímase usted del pago.

ISID. ¿Cómo?

GEN. ¡Se quemó el lugar!

la poblacion está en brasas,  
han ardido... ochenta casas.

(Esto se llama quemar ) (Ap. á Bruno.)

ISID. ¡Dios mio! ¡Ya á qué recurro!

GEN. No han escapado al horror  
más que el administrador,  
el padre cura y un burro.

BRUNO. (¡No tiene alma!) (Ap. á Rosalía.)

ROSAL. (¡Lo recelo!)

ISID. (Que ha estado silenciosamente abatido, dice de  
pronto sonriendo.)

¿Y qué?

PAT. ¿Sonrie usted?

ISID. ¡Sí!

¿Pues qué, no tengo yo allí  
remedio, fuerza y consuelo?

(Señalando á donde entró ántes.)

Arroja la pena fuera. (A Rosalía.)

No frunzas airado ei ceño.

Tú has de ser siempre mi dueño,

mi dicha, mi vida entera;

no hay contra el secreto bú.

ROSAL. ¡Contra el tuyo! ¡Mio no!

ISID. ¡Pero si le tengo yo,

no le tienes también tú?  
Si no le sabes buscar  
y allí le tengo á la vista;  
¿me juzgas tan egoísta  
que hoy lo quisiera ocultar?  
Ven, que en estas amarguras...

ROSAL. Déjame.

ISID. ¡Qué! ¿Me rechazas?

Parece que me amenazas.

ROSAL. Más de lo que te figuras.

ISID. ¡Oye!

BOSAL. ¡Ven! Que no resisto... (A Patrocinio.)

PAT. ¡Ya sé lo que es! ¡Eso era!  
(Ap. á Rosalía.) (Aquel Cristo de madera.  
Se vé mal, y saca el Cristo.)

BRUNO. Yo con él me quedaré.

GEN. ¡Le estamos haciendo harina!

(A Rosalía y Patrocinio.)

ISID. ¡La cesantía! ¡La ruina!

GEN. Anda, Patro.

PAT. Anda, José.

(Se van los tres primera izquierda.)

## ESCENA XIII.

ISIDORO, BRUNO.

ISID. Esto es lo que siento más.

BRUNO. No es natural que se enoje?  
Piensa...

ISID. Será que me coje  
muy de sorpresa quizás,  
mas nunca en mi matrimonio  
ví á mi mujer desdeñosa.

BRUNO. Si es tu terquedad odiosa.  
Si te aconseja el demonio!  
¿Por qué á tu pobre mujer  
tu secreto has de ocultar?

ISID. Si no sabe adivinar,  
si no sabe comprender,  
porque la mujer no piensa,  
porque mi secreto es suyo,

porque al contarle destruyo  
su fé, que es mi recompensa.  
Porque, á tu amistad invoco,  
mi secreto...

BRUNO. Hay tal manía.

Hombre, cualquiera diría  
que eres insensible ó loco!  
¿La ruina no te da pena?

ISID. ¡No!

BRUNO. La desgracia te engríe?

ISID. Oh! Sí!

BRUNO. Tu labio sonríe  
cuando tu recinto llena?

ISID. Sí.

BRUNO. Pues voto á Belcebú,  
pónme el secreto á la vista,  
que no es bien gran egoísta  
que sólo le tengas tú;  
y á fé que no soy dichoso  
por más que el mundo lo crea.

ISID. Ni habrá nadie que lo sea  
siendo, como tú, ambicioso;  
egoísta de tu bien  
y al amor indiferente  
y para el bien impotente!

BRUNO. Mira lo que hablas... y á quién!  
que há tiempo en mi camino  
se vá poniendo tu planta  
y no es tan malo el que aguanta  
la burla de tu destino.  
Y piensa, en fin, que á pesar  
de tu secreto y tu fé  
tu torpeza el mundo vé  
y no te pueden bastar.

ISID. Luchar puedo contra todo  
pues que tengo el talisman  
que tú con tu sordo afán  
no tendrás de ningún modo.  
Y ya te he dicho, á fé mia,  
que en éste dia fatal  
sólo me ha sentado mal  
el desden de Rosalía.

- BRUNO. Si en ella vieras desvío  
no bastara tu amuleto.
- ISID. No me hará falta el secreto;  
su corazon es muy mio.
- BRUNO. Creyente muy fácil eres  
é inocente como un niño,
- ISID. ¡Dudar yo de su cariño!
- BRUNO. Fingen muy bien las mujeres!
- ISID. Qué quieres decir!
- BRUNO. ¡Pardiez!  
Que al fin hoy su corazon  
halló la ansiada ocasion  
de hablar por primera vez.  
Que con tu conducta extraña  
precipitas los sucesos...  
y que entre amantes escesos  
la más cariñosa, engaña!
- ISID. (Descompuestísimo, va como un rayo á cerrar la  
puerta del foro, baja rápidamente y se lanza fu-  
rioso á Bruno.)  
¡Ó ahora mismo aquí me das  
la prueba de tu asercion...  
ó te arranco el corazon!
- BRUNO. Pues no me lo arrancarás.  
Soy tu amigo.
- ISID. Día triste!
- BRUNO. Espera! (Mirando á todos lados por si álguien oye.)
- ISID. No hay quien escuche!
- BRUNO. (Sacando el papel que sacó del estuche y dándo-  
selo.)  
Esto estaba en el estuche  
que hace poco devolviste.
- ISID. (Lee.) ¡¡Jesús!!
- BRUNO. Mi curiosidad  
ha descubierto este enredo.
- ISID. No! No quiero! Me da miedo  
creer tal enormidad.  
Es tal mi suerte irrisoria..
- BRUNO. Cálmate.
- ISID. ¡Qué letra es esta?  
La conozcol
- BRUNO. (¡Hoy la detesta!)

- ISID. Dios mio, dadme memoria!  
Estoy ciego!
- BRUNO. Gente. ¡Oh!
- ISID. ¡De quién es! ¡Sospecha ruin!  
(Váse por la segunda puerta de la derecha.)
- BRUNO. Ahora el trueno, luégo el fin,  
despues... sola! y despues... yol  
(Id. por el foro.)

## ESCENA XIV.

ROSALIA, PATROCINIO primera izquierda.

- ROSAL. ¡Es el Cristo! No lo dudes! (Con alegría.)
- PAT. ¡Oh sí! El triste, mira al cielo!
- ROSAL. La religion es consuelo  
y tosoro de virtudes.  
Guárdalo.
- PAT. Le guardaré.
- ROSAL. Le buscará y... lo presiento!
- PAT. Lo llevo al recibimiento,  
al paletó de José. (Se vá foro derecha.)
- ROSAL. ¿Dónde estará?  
(Vá hácia la puerta segunda izquierda á mirar. En este momento aparece Andrés foro izquierda.)

## ESCENA XV.

ROSALÍA, ANDRES.

- AND. Esto ya es  
mucho esperar, francamente,  
yo me muero de impaciente.  
Si está aquí! Chiquilla!
- ROSAL. (Volviéndose y corriéndolo á él.) Andrés!
- AND. Ven acá, ven, resalada!
- ROSAL. Oh, Dios, y qué á punto vienes!
- AND. Vengo de ver á tus nenes!
- ROSAL. Oh sorpresa inesperada! (Se abrazan.)  
¡Qué guapo!
- AND. ¿Y tú, Rosalía?  
Doce años sin abrazarte!

ROSAL. ¡Mi Andrés!

AND. Déjame besarte!

ROSAL. Oh, sí! Hermano!

AND. (Besándola) Hermana mía!

## ESCENA XVI.

### DICHOS, ISIDORO.

Isidoro sale precipitadamente con el papel en la mano, los vé besándose, vá á hablar, no puede, avanza un poco, vacila y cae de bruces en el suelo como herido de un rayo.

ISID. ¡Mal... dición!

ROSAL. ¡Jesús!

AND. ¡Qué es esto!

ROSAL. Isidoro!

AND. ¿Es tu marido?

ROSAL. Sí! Socorro!

AND. Es un vahido.

¡Ayuda!

ROSAL. ¡Oh dia funesto!

(Tirando furiosamente de la campanilla. Acuden la generala y la Doncella por el foro, el General por la puerta izquierda.)

## ESCENA XVII.

### DICHOS, PATROCINIO, la DONCELLA y el GENERAL.

PAT. ¡Ay Dios mío!

AND. ¡Agua!

GEN. ¡Un cordial!

Está claro! ¡Reventó!

ROSAL. Yo tengo la culpa! Yo!

GEN. ¡Coronell! (Reconociendo á Andrés.)

AND. ¡Mi general!

(Quedan las señoras arrodilladas junto á Isidoro. El General y Andrés abrazados.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoración.

### ESCENA PRIMERA.

PATROCINIO, la DONCELLA y el GENERAL.

GEN. Ya se lo digo yo á ustedes  
que era una barbaridad  
jugar con cosas tan graves  
por el gusto de jugar.  
Si lo que invente mi cónyuge  
tiene que salir muy mal.

PAT. ¡Vaya!

GEN. Si ese hombre no vuelve  
á la vida...

PAT. ¿Qué?

GEN. ¡San Blas!  
Si hubiera sido un derrame  
seroso...

DONC. ¿Cómo?

GEN. Cabal.  
Póngase usted en ese caso.

Á ver lo que iba á pasar.

PAT. ¡Oh!

GEN. Todo el mundo á la cárcel.

DONC. ¡Por Dios, señor!

- GEN. Y tres más.  
Por tí lo hubiera sentido. (A Patrocínio.)
- PAT. Lo creo.
- DONC. No vienen.
- GEN. ¡Cá!
- DONC. Su hermano fué por un lado  
y por otro Sebastian.  
Si el médico no estuviera...
- PAT. Traerán otro.
- DONC. ¡Qué tardar!
- GEN. Los médicos y los coches  
cuando se buscan no están.  
¡Hacerle creer á un hombre  
de bien, ántes de almorzar,  
que está cesante y sin rentas  
y todo por el afán  
de saber...
- PAT. Y ello es que había  
secreto.
- GEN. ¿Y se sabe ya?
- PAT. Era un Cristo.
- GEN. Yo llevaba,  
en los campos de Arlabán  
uno que me dió mi tío  
el canónigo Pulgar,  
y me arrimaron dos balas  
que aun las tengo aquí detrás.  
(Tocándose la espalda.)
- PAT. ¡Herejel!
- GEN. No digo yo  
que por eso hay que dudar.
- DONC. ¡No vienen!
- GEN. Si está ya bien  
y no le repetirá.
- PAT. ¡Ay qué peso se me quita!
- GEN. No volveré yo jamás  
á repetir una broma  
como la pasada.
- PAT. ¡Ya!
- GEN. Y eso que yo no he tenido  
la parte que tú.
- PAT. Es verdad

GEN. Por supuesto, en estas cosas siempre me ha pasado igual; por ser débil de carácter y por dejarme llevar. Esto mismo me pasó en los campos de Alcalá, que me pronunciaron sin quererme yo pronunciar; y por pescar, mentecato, algún entorchado más, pesqué unas intermitentes y un catarro pulmonal.

DONC. El arroz se habrá quemado.

GEN. ¡Yo también! ¡déjame en paz!

PAT. ¿Entramos á verle?

GEN. No,

dejémosle descansar y vámonos por ahí en busca de un *restaurant* donde matemos el hambre si encontramos qué almorzar.

PAT. Diga usted que volveremos en seguida.

DONC. Bien está.

PAT. Vámonos, amable esposo.

GEN. Vámonos, cara mitad.

PAT. Caral luego ya me quieres?

GEN. Mal sabes interpretar, pues si te lo llamo, es en sentido literal.

(Vánse foro derecha, y la Doncella foro izquierda.)

## ESCENA II.

ROSALÍA saliendo del cuarto de ISIDORO.

ROSAL. Siento no sé qué sonrojos.  
¿Por qué de sí me rechaza  
con tan extraños enojos?  
¿Por qué brillan en sus ojos  
relámpagos de amenaza?  
Mas, desechando la pena

de que estaba su alma llena  
ya aparece satisfecho...  
¿Con qué talisman serena  
la tempestad de su pecho?  
¡Qué secreto puede haber!  
¿Qué virtud existirá  
de tan mágico poder? (Pausa.)  
Sólo un amor... ¿Si será  
el amor de otra mujer?  
Solamente un gran amor  
consigue dar al olvido  
la desventura mayor,  
que no hay consuelo mejor  
que un amor correspondido.  
Y que no es el de su esposa  
en su mutismo se ve  
¡Qué sospecha tan odiosa!  
¡Ya no puedo ser dichosa  
porque me falta la fé!  
Ya siento con mi razon  
los celos en lidia ruda,  
y con fiera obstinacion  
la serpiente de la duda  
se enrosca en mi corazon.  
Ese es tu secreto, sí,  
ese el preciado amuleto  
que has ocultado de mí.  
¿Conque ese era tu secreto?  
Pues... desdichado de tí!  
Perdida la fé, y perdida  
la más remota esperanza  
de hallar consuelo en mi vida,  
ya que no cierre esta herida  
me aprestaré á la venganza.  
Hasta aquí mi hogar honrado  
sirvió á los demás de ejemplo  
como un templo respetado:  
si hoy ves derrumbarse el templo,  
para qué le has profanado?  
Pero esto es enloquecer...  
¡Abrigar yo tal idea!  
¡No puede, no debe ser!

¡Dios eterno, que no sea  
el amor de otra mujer!

### ESCENA III.

DICHA, BRUNO.

BRUNO. (¡Llora? ¡Bien! ha habido trueno.)

ROSAL. ¡Bruno!

BRUNO. Yo vengo á saber

si se descubrió el arcano...

y ese secreto cuál es.

ROSAL. El secreto... oh, sí; el secreto

consiste en que una mujer

ignore las liviandades

del que la llama su bien,

su vida... y en un momento...

(Comienza á pasear agitada de un lado á otro.)

BRUNO. ¡Oh, por Dios! cálmese usted...

ROSAL. Bajo el pretexto ridículo

de haber hallado aquí Andrés

mi hermano, que esta mañana

llegó desde Santander,

abrazándome y besándome,

y aprovechando un papel

que había en aquel estuche,

y ahora resulta que es

regalo del mismo hermano,

Isidoro toma pié

de todo esto, para hacerme

al punto... asómbrese usted,

proposicion de un divorcio

que nunca se dé á entender...

y en fin... yo no tengo á nadie

á quien contar su doblez.

Usted es su amigo...

BRUNO. ¡Siempre!

ROSAL. Usted lo jura; pues bien,

yo entiendo que ese secreto

es... amor de otra mujer!

BRUNO. Y si lo fuera...

ROSAL. ¡Oh! Entónces...

Entonces... créalo usted,  
yo haría...

BRUNO.

Por mí...

ROSAL.

¡La prueba!

BRUNO.

¿La prueba? Bien; la tendré.

ROSAL.

¿Palabra?

BRUNO.

(¿Qué cuesta darla?)

¡Palabra... de hombre de bien!

(Váse Rosalía.)

## ESCENA IV.

BRUNO.

¡Me robastes el destino...

me robastes la mujer...

quien roba á un ladrón... etcétera;

todo vá bien, bien; muy bien!

## ESCENA V.

BRUNO, ISIDORO.

Isidoro sale con un tintero y recado de escribir y vá á sentarse á escribir al velador. Durante toda la escena habla con serenidad, pero con gran melancolía.

ISID. Hola, Bruno.

BRUNO. (Sentándose y burlon.) Ya almorcé.

ISID. Cómo? (Recordando el almuerzo.)

BRUNO. Tienes unos modos de invitar... dejaste á todos..

ISID. Pues es verdad! Lo olvidé.

BRUNO. Con tus cuitas desdichadas y tu secreto... fiambre nos dejaste muertos de hambre!

ISID. Hay cosas inesperadas... y hay bastante intimidad entre tú y yo...

BRUNO. No que no!

Por eso me quejo yo con esta sinceridad!

(Pausa. Isidoro se prepara á escribir.)  
He almorzado en el *Buffét*,  
una taberna extranjera,  
que hay ahí cerca, en la Carrera,  
junto á casa de Lletget.

ISID. ¡Ah, sí!

BRUNO. Y tú ya, tan tranquilo.

ISID. Ya lo ves.

BRUNO. Sí, por completo.

Poseyera yo el secreto  
y no hubiera estado en vilo.

ISID. Cómo?

BRUNO. Me fui por no ver

la catástrofe anunciada  
en tu rostro, y disipada  
á lo que parece ser.

ISID. Sí, Bruno, tú eres discreto,  
y espero de tu bondad  
que me pruebes tu amistad  
guardándome este secreto...  
que este sí que es grave y hondo!  
tú, que me avisaste á mí...

BRUNO. Yo me desvivo por tí  
y del secreto respondo.

ISID. Y si oyes que habla la gente  
mal de mí, como marido...  
por nuestra amistad te pido  
que me defiendas.

BRUNO. Corriente

ISID. ¿Qué voy á hacer con llevar  
al escándalo este asunto  
que ha de traer un conjunto  
de males que lamentar?

No me juzgarás tan necio  
ni que me falte el rubor;  
no supondrás que es amor  
á mi mujer; la desprecio.

Es que yo hace tiempo ya  
vivo... para quien yo sé.

BRUNO. Ah! tu secreto?

ISID. (Con tristeza marcada.) Sí á fé.

BRUNO. (¿Pues ya, quién lo dudará?)

La esposa lo presintió...)  
Por eso luchas potente  
contra el mal?

ISID. Naturalmente

BRUNO. Y nadie adivina ..

ISID. No.

Sois tan torpes que no dais  
en lo que saber quereis,  
lo tocais y no lo veis,  
lo veis y no lo mirais.

Mi mujer.—Ahora lo veo,  
que ántes me cegó su amor—  
si pudiera ser mejor  
creería, como yo creo,  
y conmigo sentiría  
este consuelo, esta fé,  
pero en fin, no quiero que  
hablemos de Rosalía.

¡En fin! (Se pone decididamente á escribir )

BRUNO. Ello me interesa.

ISID. Pues bien á la vista está.

(Mira al techo para pensar lo que va á escribir.  
Bruno mira tambien al techo como buscando el se-  
creto allí.)

BRUNO. Á quién escribes?

ISID. Pues á...

(Escribiendo.) «Lunes.» Á mi hija Teresa.  
Tras tantos llantos y ruinas  
casi la olvidaba ya.

BRUNO. Es la que tienes allá  
en las...

ISID. En las Ursulinas. (Escribe )

BRUNO. (Olvidar! Amar! Sentir  
y llegar á resolver,  
sufrir y no padecer!  
No le puedo resistir!  
La echó Dios en mi camino  
para amargarme la vida:  
oh! si no es falsa ó fingida  
su esposa, como imagino,  
tarde ó temprano, algun dia  
tendré la satisfaccion

de burlar á este ladron  
de toda la dicha mia.)

ISID. Ya está.

BRUNO. Debe ser muy tierno  
ese amor dulce y tranquilo  
de un padre.

ISID. Este es un estilo  
íntimo, sencillo, eterno.

BRUNO. Lee!

ISID. ¿Por qué no? Oye.

BRUNO. ¿Á ver?

ISID. «Hace dias, vida mia,  
»que ir á abrazarte quería .  
»pero no ha podido ser;  
»quehaceres, luchas, trastornos...»  
yo nunca la oculto nada. (A Bruno.)  
«Está el jueves preparada  
»para ir á comer á Fornos  
»conmigo, que iré por tí  
»y verás cómo pasamos  
»un gran dia si logramos  
»que puedas salir de ahí.»  
Hay allí muho rigor (A Bruno.)  
y salen tan pocas veces...

BRUNO. Y tú, padrazo, la ofreces  
esa muestra de tu amor.

ISID. Cuando la saco á paseo,  
voy con ella... una perfidia  
que oculto aquí por la envidia  
que daría el regodeo;  
pero llevar convidada  
toda la familia...

BRUNO. Es clarol

Resultaría muy caro.

ISID. Y como ella está encerrada...  
La doy ese gusto ..

BRUNO. Ya.

ISID. Y luégo vuelve á su escuela.

Es una picardigüela  
que no sabe la mamá.

¡La mamá! la que hasta ayer  
fué mi amor!

BRUNO. (Señalando la carta.) Vas á mandarla?

ISID. Si.

BRUNO. Pues yo puedo dejarla.

ISID. ¿Para qué? No es menester.

Va el criado...

BRUNO. Yo voy ántes.

¿Para qué ha de ir el criado?

Ya ves tú, yo vivo al lado,

en la calle de Cervantes...

ISID. ¡Bueno! (Le da la carta.)

BRUNO. (Leyendo á mi modo

si logro ocultar la firma...

con esta carta confirma

su sospecha, y ya está todo!

Como ellos no se han de hablar...

yo he servido á su mujer.)

Hasta luégo!

ISID. Hasta más ver.

BRUNO. (¡Es mia! No hay que dudar!)

(Váse foro izquierda.)

## ESCENA VI.

ISIDORO, ha quedado con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza oculta entre las manos, golpeando el suelo con los piés. Está en la actitud del hombre abrumado por una idea que le domina. Dígase el monólogo en creciente gradacion, subicado el tono dramático.

Lo he visto! Lo he visto, sí!

Y aun no lo quiero creer!

¡Ella! mi amante mujer...

¡Ay desdichado de mí!

¡Y él!... ¡oh! mi vista turbada

le vió un punto nada más;

no se borrará jamás

su imágen aquí grabada:

(Señalando la frente.)

y si le vuelvo á encontrar

de pensarlo me dá miedo,

porque yo matar no puedo  
y fuera deber matar;  
y esta fatídica idea  
me persigue... y me dá frio...  
¡oh, no! Dios mio... Dios mio...  
más vale que no le vea!

## ESCENA VII.

ISIDORO, ANDRÉS.

AND. ¿Vino el médico? ¡Ay qué médicos!

ISID. Qué voz...

AND. ¿Todavía nó?

ISID. ¡Él!!

AND. ¡Claro! ¡Ya el hombre... bueno!

ISID. ¡Atrás!

AND. ¿Cómo atrás? (Muy alegre. Contrastando.)

ISID. ¡Oh!

AND. ¿Yo?

ISID. ¿Usted aquí?

AND. ¡Desde anoche!

ISID. Pero...

AND. ¿Ya vamos mejor?

ISID. (¡Calma!)

(Hablando consigo mismo y queriendo dominarse.)

AND. (Riendo ruidosamente.)

¡Ay que no me conoce!

ISID. ¡Yo estoy soñando!

AND. ¡Mejor!

Me muero por las sorpresas.

Vamos á ver ¿quién soy yo?

(Cruzado de brazos, las piernas abiertas y mirándole de hito en hito con risa contenida.)

ISID. Usted es...

AND. Vayan cien pesos  
en oro, que en papel no,  
á que ya de aquel retrato  
del año setenta y dos,  
no hay en mí nada que dé  
la idea de quien soy yo!  
Y se rasca la cabeza. (Riendo.)

(Isidoro está retorciéndose las manos, queriendo dominarse por evitar una catástrofe.)

ISID. ¡Ténme de tu mano, oh Dios!

AND. ¡Pero, hombre, no seas memol

ISID. ¡Tutearme!

AND. Habla, simplon.

ISID. Usted... tal vez le confundo

porque no hay en mí razon.

Usted es quien hace poco

estaba aquí, en el salon

dando á mi mujer... un beso?

¡Lo he visto!

AND. ¡No; un beso no!

ISID. ¿Luégo no es usted?

AND. Lo ménos

la he dado cuarenta y dos.

ISID. ¡Vive el cielo! (Agarrándole por el cuello.)

AND. ¡Eh! ¡Quieto! ¡Quieto!

No te creas que yo soy

algun galan... soy Andrés,

tu cuñado. (Pausa grande.)

ISID. (Abriendo desmesuradamente los ojos, cayendo en la cuenta.)

ISID. ¡Santo Dios!

AND. ¡El mismo!

ISID. ¡Jesús!

AND. ¡Caramba!

¿Qué esperas ya? (Abriendo los brazos.)

ISID. ¡Usted!... ¡Tú!

AND. ¡Yo!

ISID. Por eso. . ¡Imbécil de mí!

¡Ahora recuerdo, gran Dios!

¡Tuya era la letra! ¡Tuya!

¡Andrés, hermano, perdón! (Abrazándole.)

AND. Perdón, ¿de qué?

ISID. ¡Rosalía!

(Yendo á la puerta izquierda.)

¡Rosalía!

## ESCENA VIII.

DICHOS, ROSALÍA.

ROSAL. Si, aquí estoy.

ISID. ¡Oh, perdóname!...

ROSAL. ¡Jamás!

ISID. ¡Perdona mi obcecación!

ROSAL. ¡Nunca!

## ESCENA IX.

DICHOS, PATROCINIO, el GENERAL.

PAT. ¡Ay, por fin almorzamos!

(Rosalía no atiende á los que llegan. Líguese bien el diálogo.)

ROSAL. ¡Nunca! Perjuro, traidor,  
indigno de mi cariño,  
perverso, mal corazón.  
¿Este era el secreto tuyo?  
¿Esta era la oculta voz  
que te infunde tanta fé,  
que te dá tanto valor?  
Ahora soy yo quien pregunta:  
ahora te exige mi honor  
ultrajado, que me digas  
quién reina en tu corazón.

ISID. ¡Tú sola!

ROSAL. Mientes, villano.  
Bruno tu carta me dió.

ISID. ¿Mi carta?

ROSAL. La que le escribes  
á la que es tu oculto amor.

ISID. ¡Y el tuyo! Mi hija Teresa.

ROSAL. ¡Qué!

ISID. ¿Pues qué, me oculto yo  
para escribirla? ¿la firma,  
no dice quién lo escribió?

ROSAL. ¡Oh, Dios!

ISID. «*Tu padre, Isidoro!*»

(Repitiendo la firma)

ROSAL. La firma no me enseñó.

ISID. ¡Ay! Rosalía... la venda  
ya de mis ojos cayó.

Bruno...

GEN. (A toda voz.) ¡Bruno es un trompeta!  
y del primer puntillon  
lo voy á volver yo polvos  
de salvadera!

PAT. ¿Á que no?

GEN. Para darle á usted la broma (Á Isidoro)  
pesada como no hay dos,  
y, al fin, como cosa de ésta  
que es, haciéndole favor,  
*la floxera vastatrix...*

PAT. ¡Hombre, no seas atroz!

GEN. Le dí á Bruno una 'tarjeta  
como recomendacion,  
para un escribiente del  
consejo de Re-lencion,  
que hiciera una cesantía.

ISID. ¿Era falsa?

GEN. Sí, señor.

Pero esè pillo se fué  
á ver á su director  
de usted, y en mi tarjeta  
¿qué dirá usted que pidió?  
La cesantía de veras  
que fué la que trajo.

ROSAL. ¡Oh, Dios!...

GEN. Pero ya lo he remediado.

ROSAL. ¡Ah!

GEN. Mañana es la Ascension,  
celebre usted el dia...

ISID. ¿Cómo?

GEN. ¡Ascendiendo! ¡Se acordó!

ISID. ¡Oli, mi general!

GEN. Y en cuanto  
al incendio, se apagó...

PAT. Fué otra farsa.

- ISID. ¡Oh, qué descansol  
Pero señores... por Dios  
¿para darme tantas penas  
qué motivos les dí yo?
- ROSAL. El afan de descubrir  
ese secreto traidor.
- PAT. Que subeiste.
- GEN. Que no existe.
- ROS:L. Que aún defiende.
- AND. ¡Vive Dios!  
¿Pero qué secreto es ese  
del que hace ya una hora ó dos  
estoy oyendo aquí hablar  
con tan rara obstinacion?
- PAT. (Ap. á Isidoro y con mucha intencion.)  
(¡Dígalo usted, que es antojo!)
- ISID. ¡Antojo! ¡Válgame Dios!  
Pues ... pongo á Dios por testigo  
de que la verdad diré  
aunque ha tiempo que juré,  
que moriría conmigo,  
Y habeis de ver, infelices,  
que de amores no entendeis  
y sois torpes, y no veis  
más allá de las narices.  
¿Quereis la razon saber  
de por qué un hombre abrumado  
se siente regenerado  
siempre que la ha menester?  
(Gran curiosidad y signo de asentimiento en to-  
dos. Dése mucha animacion al cuadro.)  
¿Quereis saber lo que llena  
la existencia de valor  
y lucha con el dolor  
y lucha contra la pena,  
y hace no humillar la frente  
y arrostrar la suerte impía  
y hacer del duelo alegría  
y al hombre tornar potente?  
Pues, yo el secreto os prometo  
enseñaros sin tardar.  
(Se vá corriendo puerta izquierda proscenio.)

TODOS. ¡Ah!

PAT. ¡Por fin!

ROSAL. ¿Qué irá á buscar?

(Sale Isidoro con sus cinco hijos colocados de esta manera: uno en cada brazo; otros dos cogidos á sus faldones, y el quinto á caballo en los hombros.)

ISID. ¡Aquí teneis mi secreto!

ROSAL. ¡Oh, Isidoro!

(Arrodillándose delante de él confusa.)

ISID. ¡Alza, oh, mujer!

mitiga tu triste afán  
y á ver si hay un talisman  
de tan mágico poder.

PAT. Eso es entender la vida. (Llorando conmovida.)

ISID. ¡Sufre un hombre pena ó dolo,  
se encuentra en el mundo solo,  
ó se rinde .. ó se suicida!

¿Oís qué el hambre ó el crimen  
llevan al mal ó á la muerte  
á tantos que por su suerte  
tristes en la sombra gimen?

¡Están solos! No han sabido  
crear lo que al hombre obliga  
lo que las penas mitiga,  
lo que al daño pone olvido.

No han aprendido, quizás,  
que todo el secreto es este:  
¡lograr, cueste lo que cueste,  
vivir para los demás!

Cuando pobre me creí,  
no tuve tiempo á llorar;  
me faltó para pensar  
en ellos, y me crecí,  
Su labio de usted fingía  
mi ruina, ante ella temblé;  
pero en seguida pensé  
que á mis hijos me debía!  
Surgió lo que yo juzgaba,  
deshonra del nombre mio,  
ante tu odioso desvío (A Rosalía )  
mi honra matar me mandaba!

pero me aterró perdellos.  
su escándalo, el deshonor.  
¡nada!—me digo—¡valor!  
antes que nada son ellos!  
Y así, yo bien lo decía  
ayer en casa de usted,  
mi secreto aplicaré  
á toda desdicha mía.  
Pues no hay en el mundo na la  
para saber ser dichoso  
como este amor tan hermoso  
que engrandece á un alma honrada!

GEN. Hay lecciones que son graves.

PAT. Tú y yo sin hijos, marido.

Los hijos, ya lo has oído!

GEN. Sí? Pues nada!... Ya lo sabes!

(Macha intencion.)

AND. Yo vengo á casarme aquí  
con hembra de buena casta.  
Su madre tuvo once!

ISID. Basta.

Cásate.

AND. Pues vá por tí. (Riendo.)

ISID. ¿Y BRUDO? (Con amargura.)

ROSAL. Traidor y aleve  
quiso aprovechar tal vez  
para servir su doblez  
tu engaño.

ISID. Si aquí se atreve...

PAT. Lo que merezca le den.

GEN. El traidor en general,  
en los dramas sale mal,  
en el mundo acaba bien!  
Tiene usted hijos... su vileza  
olvidar será oportuno.  
Yo que no tengo ninguno  
le romperé la cabeza.

ROSAL. (Vá á sentarse al sofá, rodeada de los niños, teniéndolo el más pequeño sobre la falda.)

¡Ven! saborea el placer  
de mi amor... y mi respeto!

SID. (Arrodillándose junto á ella, apoyando los brazos

en sus rodillas y contemplando con ternura, esposa é hijos.)

**Este SECRETO. . oh mujer!**  
**el que no esté en el SECRETO**  
**no lo puede comprender!**

**FIN DE LA COMEDIA.**

## ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
erno seco.....	1	Sres. Navarro, Gamayo y Nieto.....	M. y $\frac{1}{2}$ L.
noens.....	1	D. Márcos Zapata.....	L.
alanés de Gracia.....	1	L. P. de Guzman...	L.
r la Castaña.....	1	M. F. Caballero.....	M.
estilo es el hombre.....	1	Manuel Nieto.....	M.
lavadero de la Florida.....	1	Sres. Ossorio y Guillen..	L.
ruiseñor.....	1	Bolumar, Melendez y Reig.....	L. y M.
car en vilo....	1	M. de Larra y Ossorio	L.
ego y estopa.....	1	Banquells y Reig....	L. y M.
s bonitos.....	1	D. M. F. Caballero.....	M.
s.....	1	Guillermo Cereceda.	M.
s pretendientes de Cármen.....	1	Manuel Cuartero....	L. y M.
treta.....	1	M. Nieto.....	M.
santuario del valle.....	2	Márcos Zapata.....	L.
s dos llaves.....	2	Sres. Zumel y Taboada..	L. y M.
anillo de hierro.....	3	Márcos Zapata.....	L.
abadía del Rosario.....	3	Márcos Zapata.....	L.

## OBRAS DIVERSAS.

**EL DIABLO MUNDO**, poema por D. José Espronceda: magnífica edicion en tipo: litografía de varios colores y una cubierta al cromo con el retrato del autor.—Un tomo en 8.º de 208 páginas.—Precio, 4 reales.

**LA PROPIEDAD INTELECTUAL.** Legislacion Española y Extranjera: comentada, concordada y explicada segun la historia, la filosofía, la jurisprudencia y los tratados, por el Doctor D. Manuel Danvila y Collado.—Un tomo en 4.º de 905 páginas.—Su precio 40 reales en Madrid y 48 en provincias.

# PUNTOS DE VENTA.

---

## MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7; de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9; de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol, núm. 14; de los *Sres. Simon y Osler*, calle de las Infantas, núm. 18; de los *Sres. Gaspar*, editores, calle del Príncipe, núm. 4; *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, núm. 20, y *Saturnino Calleja*, Paz, núm. 7.

## PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

## PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

## FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*, 15, Rue Monsigny, París.

## ALEMANIA.

*Mr. Wilhelm Friedrich*, editeur, Leipzig.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.